

La filtración

Gustavo Ariel Schwartz

No escuchó el timbre; casi nunca lo escuchaba. Lenta e imperceptiblemente él se había vuelto imperturbable, inmune a ciertos estímulos externos. Otto se sentía, y con razón, completamente a salvo dentro de su pequeño y predecible universo. ¿Y es que acaso existe un lugar más seguro que uno absolutamente predecible? Probablemente no. Su casa, que a veces confundía con su universo, era una antigua mansión construida en el Siglo XVI y remodelada sucesivas veces en los siglos posteriores. Aunque a Otto no le gustaba reconocerlo, los cimientos de la casa todavía descansan sobre las ruinas de una antigua iglesia del Siglo X destruida a principios del Renacimiento. La casa ha sobrevivido desde entonces a terremotos, incendios, revoluciones y ataques de todo tipo.

Nora abrió la puerta, cogió el abrigo empapado y dijo que el señor la esperaba en el estudio. Subió la escalera principal escoltada por una hilera de retratos de tres generaciones de científicos, incluidos varios Nóbel, que custodiaron el honor de la casa durante más de un siglo. En el primer piso, el pasillo que conducía al estudio estaba empapelado de diplomas, títulos y galardones. Abrió suavemente la puerta del estudio y caminó hasta la ventana, sobre la pared opuesta a la entrada. En el camino observó con atención la inmensa biblioteca, la lámpara de pie que iluminaba mezquinamente el lugar, y el siempre pulcro y ordenado escritorio donde Otto estaba trabajando. Otto no la escuchó entrar; y sólo se percató de su presencia cuando ella descorrió una pesada cortina que cubría la ventana.

- Hay muy poca luz en este lugar – dijo ella con cierta ironía.

- ¡Ana! – dijo él sorprendido. - No te escuché entrar.

Miró el reloj y agregó:

- Te esperaba a las cinco.

- Faltan diez minutos, ¿si querés me voy a charlar un rato con Nora?

- No, no; está bien. Después sigo con esto – dijo mientras se rascaba la cabeza.

Ella encendió un cigarrillo y sacó luego de su bolso un libro que apoyó sobre la mesa pequeña que estaba junto al sofá. Él se acercó a la mesa, tomó el libro y leyó el título. Con la mirada un poco perdida reflexionó un momento y luego sonrió.

- ¿Así que volvés a los anagramas?

- Ya ves, no puedo evitarlo.

- ¿Y vos pensás que tus lectores se van a dar cuenta que el nombre del protagonista es un anagrama?

- Eso ya depende de las ganas que ponga cada uno. Los que no quieran hacer el esfuerzo de buscar algo más, leerán una historia; los que decidan bucear un poco en los nombres de los personajes captarán, además, la esencia del libro.

- Me parece que lo dejás todo demasiado librado al azar.

- ¿Y qué pretendés, que agregue un manual de instrucciones?

- No sé, podrías sugerir la idea de los anagramas de algún modo.

- Ya lo hago; quedate tranquilo que ya lo hago. Lo presento la semana que viene; supongo que vas a venir, ¿no?

- Estoy con mucho trabajo, pero te prometo que voy a hacerme un hueco. Además las presentaciones de tus libros me parecen muy divertidas. Un montón de gente tratando de explicar lo inexplicable.
- No veo mucha diferencia con cualquiera de tus congresos.
- Ana... no empieces otra vez con esa historia.

Ella lo escuchaba y sonreía mientras se dirigía al escritorio y observaba sus notas.

- ¡Por favor no toques nada! – dijo él preocupado, como sabiendo de qué hablaba.
- ¿Seguís con el tema ese de los perturbados? – preguntó ella.
- Los únicos perturbados son los escritores – ironizó él, y agregó – Lo que estoy analizando es cómo pequeñas perturbaciones pueden afectar drásticamente a sistemas abiertos apartándolos del equilibrio.
- ¡¡¡Ahhh!!! – exclamó ella.

Para aquel entonces la teoría de pequeñas perturbaciones en sistemas cerrados (aquellos que no tienen intercambio con el exterior) era bien conocida. Otto pretendía entonces extender la teoría a sistemas abiertos (aquellos que intercambian materia, energía e información con el exterior). La comprensión de estos sistemas era fundamental ya que comenzaba a haber cierta evidencia de que la inmensa mayoría de los sistemas eran abiertos, incluso los que hasta entonces habían parecido cerrados.

Llevaba años en ello y en los últimos meses el trabajo se había empantanado.

- ¿Y cómo vas con tu nueva teoría? – preguntó ella intuyendo cual sería la respuesta.

- ¡Fatal! – contestó él. - No puedo resolver el problema del intercambio de información.

Era como si el significado de la información dependiese de dónde se encontraba el sujeto que la interpretaba. Cierta información, mientras permanecía exterior al sistema, parecía ser inconsistente con éste o incluso negar sus principios elementales cuando era interpretada desde dentro del sistema. Pero si por algún motivo la información se filtraba, entonces súbitamente adquiría sentido y alteraba el sistema llevándolo a una nueva posición de equilibrio.

- ¿Y por qué no hablás con Zara? – preguntó ella.
- ¡Ni me la menciones! Cada vez que aparece lo único que hace es generar problemas.
- ¡Precisamente! – exclamó ella. - Tu problema es que seguís viendo los problemas como problemas; y los problemas son oportunidades; Zara lo que hace es abrir el juego.
- ¡Pero... por favor, Ana! No seas ridícula.

A Zara la habían echado hacía ya mucho tiempo de la Academia de Ciencias argumentando que no contribuía a la comprensión de la realidad. Rodén, que había fundado la Academia e impuesto su ideología, se había encargado personalmente de expulsarla. Hoy Rodén languidece y la Academia aun no sabe que Zara puede ser lo que ésta necesita para sobrevivir.

- Si tenés dudas, deberías hablar con ella – insistió Ana.
- ¡Yo no tengo dudas! – exclamó indignado.
- En ese caso lo siento por vos; así no vas a llegar muy lejos.
- Te equivocás, como siempre. Sólo las certezas nos permiten ir lejos.
- ¡Lo tuyo es patético! – exclamó ella. - Pero igual confío en que algún hada caritativa va a rescatarte de tu calvario; si no fuera así no estaría charlando con vos. Haceme caso, hablá con Zara.
- No lo voy a hacer, definitivamente. – respondió él

Pero su inconsciente, ese inquilino irracional y traicionero que todos llevamos dentro, no opinaba lo mismo y le recordó una historia que él ya conocía perfectamente. En 1609 Galileo apuntó su telescopio al cielo y observó cuatro satélites girando alrededor de Júpiter. Esto significaba un golpe demoledor al dogma imperante de que todo giraba alrededor de la Tierra. Los dueños del poder, del dogma y de la verdad se negaron a mirar a través del telescopio. No era necesario, argüían; sabemos que el planteo es absolutamente ridículo.

Ella encendió otro cigarrillo y se acercó a la ventana. Aun seguía lloviendo. Se quedó callada, contemplando la lluvia durante un par de minutos y luego dijo:

- Estaba pensando que tu teoría y mi novela se reducen más o menos a intentar resolver el mismo esquivo problema.
- ¿Ah sí? – preguntó él siguiéndole el juego. - ¿Y cual es ese problema?
- La diferencia entre hombres y mujeres.
- ¡¿Ah sí?! – repitió él. - ¿Y cual es la diferencia?

- ¿Sabés cual es la diferencia? Es que las mujeres nos dejamos penetrar, somos más permeables; y nos dejamos penetrar de maneras que un hombre jamás consentiría...

En ese momento entró Nora en el estudio con una bandeja con té y masas. La campana lo salvaba una vez más. Sin embargo esta vez, aunque aun no sabía por qué, Otto no sintió el mismo reparador alivio de otras ocasiones. Otto quedó perplejo, no sabía qué responder. Sentía que cualquier comentario lo pondría inevitablemente en ridículo. Pero fundamentalmente, Otto no sabía qué responderse a sí mismo. Revolvió su té hasta marearlo y luego preguntó.

- ¿A qué hora sale tu vuelo?

- A las ocho.

- ¡Ya deberías estar camino al aeropuerto! ¿Le digo a Nora que te lleve?

- No hace falta, Zara va a pasar a buscarme. Se viene unos días conmigo, creo que me va a hacer bien.

- Hacé como quieras; pero preferiría no verla – dijo él.

- Yo no puedo hacer nada; tarde o temprano te vas a cruzar con ella.

Ambos pensaron que sería mejor cambiar de tema y continuaron conversando insípida y desinteresadamente lo que duran dos tazas de té y unas masas.

Una nube se deshizo de ellas sin ninguna culpa y cayeron y cayeron hasta que una teja negra dijo basta y las hizo rodar hasta una fisura que unos días, unos meses antes, el sol y el frío habían abierto cuidadosamente. Ella recorrió en un descapotable encapotado

el largo sendero que une la entrada de la finca con la puerta de la casa; salió del coche como si no lloviera y se dirigió a la entrada. Ellas recorrieron con esmero el laberíntico y azaroso camino de las fisuras, siempre hacia abajo, pacientemente. A punto de pulsar el timbre, optó por el llamador de hierro (“*Es el llamador de la puerta*”, pensó Otto; “*hacía años que no lo escuchaba*”). Apretadas unas contra las otras, esperaban sin ansiedad el gran momento. “*Adelante, por favor*” dijo la cordial voz de Nora. Y allí se lanzaron, como en una coreografía sin coreógrafo, a cumplir con su no misión. “*¿Su nombre, por favor?*”. “*Zara*” respondió ella.

- ¿Y ese ruido? – preguntó Ana.

- ¡Mierda, mierda! Mis notas – exclamó Otto mientras corría hacia el escritorio.

- Plic, plac – continuaban repitiendo las gotitas que caían sobre sus papeles.

Otto observó angustiado sus notas borroneadas y las guardó en un cajón. Nora entró al estudio para avisar que Zara había llegado. Ana guardó un par de cosas en su bolso, se despidió de Otto y bajó con Nora al recibidor, donde Zara la esperaba. Otto se quedó en el estudio, pensativo. Dudó, por fin, unos momentos, y luego, tímidamente, se asomó a la escalera. Ana estaba de espaldas, colocándose el abrigo mientras conversaba con Zara. Zara levantó imperceptiblemente la vista. Lo vio; y le guiñó un ojo. Otto contuvo la respiración. Las dos mujeres se fueron y Otto regresó al estudio. Se sentó en el sofá y cogió con ambas manos el libro que había dejado Ana. Apoyó el canto del libro sobre sus labios, con fuerza, y se quedó así, pensando. De repente abrió el libro y comenzó a leerlo.

“*No escuchó el timbre; casi nunca lo escuchaba...*”

Cerró el libro y se dirigió al escritorio. Observó atentamente una y otra vez sus notas emborronadas por la lluvia. Las ecuaciones originales ya no se distinguían, pero había algo allí que captaba irresistiblemente su atención. No podía explicarlo, nadie hubiera podido, pero allí, en esas manchas, había algo. Cogió unas cuantas hojas en blanco y garabateó frenéticamente decenas de folios durante varias horas. Llenaba hojas con fórmulas e hipótesis y las estrujaba y arrojaba con violencia. Los bollos de papel huían de una papelera que estaba ya desbordada, y ocupaban posiciones estratégicas sobre la alfombra del estudio. Las tazas de café se reproducían sobre su ya caótico escritorio. Otto por fin no pensaba, todo era fluir; ya habría tiempo más tarde para pensar.

Hacia las tres de la mañana la oscuridad comenzaba a despejarse. La teoría cerraba perfectamente. Los sistemas abiertos tienen una naturaleza intrínsecamente caótica y son, por lo tanto, impredecibles. Los sistemas cerrados son esencialmente predecibles, y difícilmente devienen en sistemas abiertos. Algunos sistemas abiertos, lamentablemente, degeneran en sistemas cerrados.

*Gustavo Ariel Schwartz
San Sebastián, 14 de abril de 2005*

*Este cuento pertenece al libro de relatos “El otro lado” publicado en Amazon.
Se autoriza su reproducción no-comercial siempre que se cite la autoría y la procedencia.*

gustavo.schwartz@csic.es
<http://cfm.ehu.es/schwartz/>
<http://gustavoarielschwartz.org>